



Max Estrella
Ediciones

Mar de Aral

Luis de los Llanos Álvarez

Mar de Aral



Max Estrella
Ediciones

Primera edición: agosto de 2016

© Comunicación y publicaciones Caudal, S.L.

© Luis de los Llanos Álvarez

© Portadista: Isa Escandell

ISBN: 978-84-945605-8-3

ISBN Digital: 978-84-945605-9-0

Max Estrella Ediciones
Fernández de la Hoz, 53
28003 Madrid

editorial@maxestrellaediciones.com
www.maxestrellaediciones.com

UNO

Selena

Hemos madrugado un montón. Me gusta madrugar, no tanto a Cristina. Y me gusta joder a esos cabrones borrachos que no me han dejado pegar ojo. De juega hasta las tantas. Venga entrar y salir. Han vomitado por todas partes, que asco. Es lo que tienen los albergues en fiestas.

Despierto a mi amiga, se queja de dolor de cabeza. No me extraña, pobre. La noche ha sido movidita, los borrachos no cesaban de incordiar, jugando, hablando tonterías a voces, riendo de sandeces y vomitando. En la litera de arriba una pareja ha intentado follar, pero a ella le ha entrado la risa floja y él se ha aflojado del todo. Un asco.

Ahora que se jodan, meto todo el ruido que puedo, piso, zarandeo; abren los ojos de beodos, me miran sin ver, se revuelven en sus camas, se lían con las sábanas, tardan tanto en conectar la neurona que se vuelven a dormir.

—Deja Selena, no los despiertes —me advierte Cristina; es una buenaza.

La de hoy será sonada. El encierro es a las siete y pico pero dos horas antes nos reuniremos en la plaza del Ayuntamiento. A tan temprana hora ya están los turistas ocupando vallas y balcones. Y los que van de empalmada se llenan la panza de fritanga en vano intento por recuperar resuello, que no conocimiento, y correr el encierro.

Ya estoy lista, me he aseado y vestido. Miro a mi alrededor todos duermen, algunos roncan desaforadamente. Miriam abre la puerta y me hace una seña, será imbécil, ¿acaso creía que me había dormido, en un día así?

—Ya voy.

—¿Y Cristina? —susurra.

—Está meando —y se lleva el dedo índice a los labios, para que tenga consideración con los que duermen, antes de irse. Será imbécil. Por mí como si revientan.

Vuelve Cristina y me pregunta con un gesto qué quería Miriam.

—Venía a despertarnos —a mi amiga también le parece una tontería innecesaria.

Piso un mechero, se le habrá caído a alguno de estos. Miro a mi alrededor, un cuarto bien aprovechado, dos literas de tres pisos en cada pared, y todas ocupadas, algunas incluso, como la de encima de mí con una pareja. Miro a Cristina y veo que pensamos lo mismo. Cojo el mechero y observo a mi pulgar ejecutar la acción que convoca a la maravillosa criatura, el chasquido es música en mis oídos, y la llamita me saluda cálida, amarilla y vivaz.

Cristina ha despojado uno de los colchones de las sábanas y la funda. Acerco la llamita al colchón, la espuma de poliuretano prende con un chisporroteo pestilente y sonrío a la vaharada de humo negro que se alza ominosa. Como decían en aquella película: «me encanta el olor a poliuretano quemado por la mañana, huele a victoria».

Mientras la llama gana en intensidad Cristina abre una ventana para favorecer la ventilación y la combustión, claro. El humo negro comienza a angustiar.

—Vámonos Cristina.

Salimos y aprovechamos una silla en el pasillo para atrancar la puerta, que ningún maltratador ebrio se pierda la fiesta del poliuretano quemado.

*

—Buenos días.

—Hola Selena, ¿qué tal hemos pasado la noche? —aunque me saluda a mí, la pregunta es general. Juanjo es así, nos quiere a todos, y su sonrisa compite con la aurora.

—Cristina, que mala cara —ahora me fijo.

—No he pegado ojo —pobre, la achucho con afecto, es mi mejor amiga.

—Ahora tomaremos un café con leche y churros —la animo.

—Bien repasemos el plan —dice Juanjo en su papel de líder.

De sobra conocemos el plan de las narices, llevamos un año de preparativos, un año pensando la acción más sonada, discutiendo su ejecución, analizando las consecuencias, reuniendo financiación, pero da igual cuando Juanjo abre la boca todos le escuchamos con embeleso.

Caminamos por la Plaza del Ayuntamiento, a esas horas los de la limpieza pública andan baldeando las calles y limpiando los residuos que la fiesta, es decir la borrachera nocturna, deja por doquier. ¿Qué cuesta depositar botellas, vasos y restos en las papeleras? No, todo tirado por el suelo, que asco de gente. Los turistas ocupan posiciones y toman las primeras fotos.

—Recordad pasar desapercibidos, procurad no salir en ninguna foto —y con una seña indica a los que, cámaras en ristre, recorren la plaza. También debemos evitar, ¿cómo?, las numerosas cámaras de televisión que retransmiten el encierro diario con alarde de detalles: cámara lenta, repetición de la cogida del mozo de la camisa verde; el del pantalón corto que se escapa por pelos; al otro que le empujan. En cambio observad que la entrega de los premios Nobel, por ejemplo, apenas ocupa unos segundos en la programación del telediario.

Juanjo se ha colocado una barba postiza y gafas, está guapo de todas formas. Yo voy a cara descubierta, mis facciones son tan comunes que no me asusta ser reconocida. Miriam y Ángel se subirán el pañuelo rojo, que todos llevamos al cuello, hasta la nariz. Cristina, se calará la chapela hasta los ojos y Rubi, bueno Rubi llama la atención allá donde va, es inevitable. Y la pareja de eternos enamorados, Rut y Cuarto, llevan sendos disfraces de policías urbanos bajo unas batas al igual que los hermanos Castro. Ellos siempre trabajan a cara descubierta, como tiene que ser. Camilo ya ha sufrido penas de prisión y Anatoli está imputado por la liberación de visones del año pasado.

—Bien, si lo tenéis todo claro, adelante, ¡por la vida! —pues sí, tenemos un grito de guerra y todo, las arengas de Juanjo quedaban un poco sosas.

Las sirenas llaman la atención de todo el mundo, bomberos y ambulancias atruenan la amanecida. Algunos policías municipales reciben avisos y se encaminan hacia el incendio. Sí, a juzgar por la espesa columna de humo

que mana de uno de los callejones aledaños. ¡Ahí está nuestra distracción!

Atendiendo al plan nos dividimos en parejas o tríos y acudimos a los bares previamente seleccionados a desayunar. A mí me ha tocado con Cristina, Camilo y Anatoli, aunque hice lo posible para estar con Juanjo, la zorra de Miriam intrigó para que Rubi y Ángel fueran con ellos, así reviente. Quiere a Juanjo para ella, la muy guarra.

Pedimos las consumiciones, café con leche y bollería, los churros están agotados. Pronto la noticia entra en el bar como un mal presagio y estremece a los que la oyen: un incendio en un albergue, muchas víctimas. Al parecer una colilla ha prendido en un colchón.

Anatoli me hace una seña, ha llegado la hora, apuro mi café y aviso a Cristina, vamos al aseo del bar. Tenemos que esperar que salga la guarra que lo ocupa, está vomitando, que asco.

—¿Mejor? —Cristina asiente, ya tiene mejor color de cara.

Al fin sale, la cara descompuesta, aliento pútrido, ni se ha lavado la cara, la muy cerda.

—Tienes vómito en el pelo —le miento cuando entro y le cierro la puerta en las narices. Aprovecho para mear sin sentarme en el inodoro, menudo está. Y luego alzo una placa de escayola del falso techo y cojo las botellas que dejamos allí. Salgo y le doy dos a mi amiga. Listo, a por ellos.

Cuando volvemos al bar veo que mis colegas han hecho lo mismo que yo. Camilo abona las consumiciones y salimos a la calle donde nos separamos.

Ya han comenzado a vaciar la calle de curiosos y turistas, tan solo algunos corredores aguardan expectantes la llegada de los toros. Ya no pueden tardar.

Mis compañeros y yo llevamos cada uno dos botellas de dos litros llenas de un polímero altamente resbaladizo que comenzamos a verter en la calle tal y como vamos...

—¿Oye, qué haces, qué es eso? —me increpa un mozo y me agarra por el brazo.

—Suéltame idiota —y le empujo con una violencia que él no espera.

Acabo de vaciar mis botellas y salgo corriendo, paso por debajo de una de las vallas de gruesos tablones, arrojó los envases en una papelera

y regreso sobre mis pasos. Me subo a la valla, unos mozos a los que todavía les dura la cogorza me hacen sitio, yo les sonrío y les pregunto una nadería para entablar conversación. El mozo aquel anda comentando con sus amigos el encuentro conmigo y señala en la dirección en la que huí, yo estoy ahí e incluso saludo con la mano, pero no me reconoce. La bendita apariencia común. Cristina se une a mí en el tablado y nos reímos de la situación.

Más allá suena el chupinazo, es la hora, es la hora, el nerviosismo crece entre los mozos, la gente salta a las vallas, sube a las cercas, sale a los balcones, trepa a las ventanas. A lo lejos abren los chiquereros y una oleada de estupor crece tal y como los corredores aparecen en las calles cercadas.

Llegan los primeros corredores seguidos, o perseguidos, por los toros. A su paso alzan el clamor de los asistentes y los periodistas no dan crédito a lo que ven sus ojos. Rut y Cuarto han hecho un buen trabajo, a base de *spray* rojo han pintado los costados de los grandes cabestros con el nombre de nuestro grupo MAR DE ARAL, y lemas reivindicativos: NO A LA TORTURA. NO AL MALTRATO. POR LA IGUALDAD ANIMAL.

Se han pasado la noche en los corrales de la cuesta de Santo Domingo pero ha valido la pena. Nuestra acción ocupará buena parte de los noticiarios durante días, y esto no es todo, tan pronto los toros entran en la plaza del Ayuntamiento y giran en la calle Mercaderes los mozos comienzan a resbalar en nuestro polímero, una fórmula sencilla y barata, que nos ha costado un año fijar y elaborar.

Es lo típico, un corredor cae, y son tantos que enseguida se forma un amontonamiento de gente que es embestido por los astados. Pobres bestias, ningún animal es malvado por naturaleza, esos toros lo único que buscan es la seguridad de su corral, pastar tranquilos en su dehesa, y las personas los metemos en la estrechez de una calle para nuestra diversión. Pues a divertirse.

Uno de los toros, zaino como un augurio, embiste contra el primer montón de gente, uno de los mozos sale volando y cae en muy mala postura, para entonces otros dos han sido apartados a derecha e izquierda. Dos toros pasan de largo pero a veinte metros varios jóvenes resbalan y caen y sobre ellos los diez o doce que les siguen, un cabestro inmune a la barrera humana les pasa por encima pisoteando sin mise-

ricordia. Los dos toros que le siguen embisten, deshacen a cornadas la montonera de caídos y avanzan.

Detrás, uno de los toros halla cerrado el paso por un apelo-tonamiento y se vuelve, cornea a los mozos que venían corriendo detrás y los pastores se las ven y desean para encarrilarlo de nuevo, tres mozos yacen sangrantes en la calzada. El pánico domina el encierro.

Con los toros ya en el coso las gentes toman conciencia del desastre habido, los ochocientos metros del recorrido del encierro es un chorro de gente magullada, heridos de diferente consideración, ¿muertos?, algunos no se mueven y sus amigos piden asistencia a voces.

Entre el incendio y el accidentado encierro las autoridades sanitarias se hallan desbordadas.

—¡Por la vida! —exclamó arropada por el clamor de las sirenas de las ambulancias, mis compañeros en la valla me miran como si yo fuese de color verde—. ¡Por la vida! —y me marchó.

*

Una hora después un tren nos llevaba lejos, camino de casa. Fui más diligente que la lerdá de Miriam y pude sentarme junto a Juanjo, qué majo es y qué bien huele. De todas formas ella se sentó frente a nosotros y Rubi a su lado. Ángel y Cristina se han sentado a nuestra izquierda y Rut y Cuarto frente a ellos y Camilo y Anatoli en los asientos de delante.

Por el vistazo que me ha dedicado mi amiga Cristina sé que censura mi comportamiento, pero es que es superior a mí. Es posible que sí, que Juanjo no merezca el caso que le dedico, pero es algo que me supera, no me importaría que fuese el padre de mis hijos. Si me oyera Cristina me soltaría un soplamocos, por tonta.

Formamos el grupo de acción Mar de Aral, por la defensa de los animales. ¿Si no los defendemos nosotros quién lo hará? Llevamos a cabo toda suerte de acciones reivindicativas.

Camilo se ha vuelto en su asiento y le pasa su tableta a Juanjo, las últimas noticias informan de seis muertos y una docena de intoxicados por inhalación de humo en el incendio del albergue y dos muertos por asta de toro y una veintena de heridos de diversa consideración en el encierro.

—Excelente distracción —manifiesta Juanjo y la entonación que le ha dado y la mirada que me ha dirigido, junto con las palmadas de su mano en mi muslo, colman mi ego hasta cotas orgásmicas—. Todo apunta a la acción de un grupo radical de defensores de los animales, Mar de Aral, a juzgar por las pintadas y los panfletos dejados en el corral.

—Enseguida nos tachan de radicales, antisistema, o terroristas —se queja Miriam, la necia.

—¿Y no es terrorismo utilizar el terror de los animales como divertimento? —pregunta Rubi de forma retórica.

Juanjo devuelve la tableta satisfecho y a mí me alegra y me llena su satisfacción. Entonces desde los asientos de la izquierda Ángel se levanta y cae a mi lado al tiempo que desprende la clavija de los auriculares de su radio y la pone en medio del grupo para que todos lo oigamos, hablan de nosotros:

—Las autoridades señalan al grupo Mar de Aral, un grupo de acción radical animalista, como responsable de las pintadas aparecidas sobre los cabestros. La Policía trabaja en el esclarecimiento de responsabilidades y en la identificación de los culpables.

*

Nos denominamos Mar de Aral por el mar que la sinrazón humana está desecando. Desde que nos agrupamos con un fin común, proteger el Medio Ambiente de nuestros semejantes, ahorramos para viajar hasta el Kazajistán o Uzbekistán y llevar a cabo alguna acción reivindicativa que conmueva la conciencia, caso de que la hubiera, humana. A cada día que pasa me desengaña más. Volaremos las presas que retienen el agua que debería...

—¿Qué miras Selena?

—Una película rusa sobre el mar de Aral —respondo a Miriam sin alzar la vista.

—¿Ya han hecho una película? —bromea Juanjo. A él si que le hago caso y muestro mi portátil.

—Se titula Psy, Perros, está en ruso, es del año 1989.

—¿De qué va?

—Un grupo de científicos viajan hasta el mar de Aral para estudiar el impacto medioambiental y en una de las ciudades fantasma que ro-

dean las orillas del lago desecado hallan lobos muertos por comer las arenas tóxicas.

—Que tontería, cómo van a comer arena los lobos —la imbécil de Miriam.

—Los animales son ávidos consumidores de sal y esas arenas son salinas —la instruye Juanjo.

—El grupo no tarda en ser atacado por manadas de perros abandonados que se han asilvestrado y el temor a ser devorados disgrega el grupo y los hombres comienzan a perder la razón y a matarse entre ellos.

—Pocas excusas necesita el hombre para matar a sus semejantes —suelta la imbécil mientras se levanta y se marcha—. Voy al lavabo —nos informa, ¿con qué objeto?

Juanjo sonríe con esa expresión que ilumina mi vida, y me devuelve el portátil, me entran unas ganas locas de besarle, de comerle la boca, de masturbarme delante de él, que me oiga gemir, que me mire, que me sobe, que...

—Voy a fumar —anuncia Camilo.

—Pero no lo habías dejado —censura Rut.

—Estoy en ello, estoy en ello, no me agobiéis.

—Yo voy a estirar las piernas —propone Rubi.

—Que manía tiene todo el mundo en anunciar sus actividades —rezongo yo—. Estamos en un tren, joder, las opciones son limitadas.

—Pues yo voy a la cantina, ¿vienes? —me propone Juanjo con su sonrisa capciosa—. Te invito a un zumo o lo que quieras —y me acaba de alegrar el día.

Cierro el portátil lo meto en mi bolso y me lo cuelgo en bandolera. Juanjo evita decirme que puedo dejar el bolso en el asiento, que nadie lo va a tocar, sabe que soy desconfiada por instinto.

Cristina me reprocha con un gesto que sea tan bobalicona, y ciertamente me siento boba detrás de Juanjo, pero es superior a mis fuerzas, y además es tan majo.

—Oye Juanjo, ¿si nuestro objetivo es salvar el mar de Aral, por qué hacemos esto? —de sobra conozco la respuesta, pero me gusta oírle disertar.

—Nuestras acciones tienen como objeto captar la atención pública, con ello atraemos nuevos socios y financiación para la causa. Todos los

seres vivos somos parte del Medio Ambiente, todos formamos parte del mismo engranaje llamado vida —cómo habla.

El tren circula a buena velocidad, llegaremos a la hora prevista. La cantina se halla animada, la gente toma las consumiciones carísimas y sin alcohol y por suerte tampoco permiten fumar. Mis ojos enseguida se fijan en el perrito de una señorona. Observo de reojo que también ha llamado la atención de Juanjo.

—Pobre bestia —me susurra.

—Deberíamos liberarlo —propongo, más que nada por hacer algo juntos, él y yo.

—Sea.

El animalito, un Yorkshire de pelo brillante con dos lacitos en la cabeza, viaja preso en un bolso del que tan sólo asoma la cabecita. Sus ojos despavoridos denotan que está aterrado. Juanjo pide dos latas de cola, las paga y me da una a mí que no aparto la vista del animalejo torturado. Impedir que un ser sea él mismo también es maltrato animal. Y yo detesto a los maltratadores.

La señora deja un instante el bolso en el suelo para abonar su consumición y mientras rebusca las monedas me agacho y descorro la cremallera. El perrito salta fuera y comienza a correr entre las piernas de la gente.

—¡Yorkie, ven aquí! —grita la señora y parte tras el perrito que corre a todo lo que dan sus patitas.

Juanjo y yo nos apartamos y camuflamos entre los que miran por las ventanas.

—¡Yorkie, Yorkie! —siguen los gritos en... ¡Ah, no, no, mi Yorkie!

Algunos se acercan a ver qué ha pasado. Un pasajero ha corrido la puerta justo cuando el estúpido perrito intenta cruzar al otro vagón y le ha aplastado la cabeza. Pobre animal.

La culpa es de esa mujer tan horrible por... La culpa es suya.

Me vuelvo a Juanjo que me muestra algo del paisaje, unos olmos afectados por la grafiosis, que majo es y cuantas cosas sabe.

Al cabo de un rato regresamos a nuestros asientos. La señora horrible lloriquea protestas al revisor que no sabe cómo solventar la insatisfacción de su pasajera. Juanjo me hace señas de que va al lavabo y yo le sonrío, tentada estoy de seguirle e intentar una guarrería en...

—Selena, quería decirte una cosa —Ángel con cara de circunstancias.

—Tú dirás —me pongo a la defensiva y él lo capta.

—Es una advertencia como amigo tuyo que soy: deja a Juanjo, olvídate de él.

Evito preguntar el porqué, pero percibo que Ángel nota mi desazón. Me abraza y me estrecha contra sí, no me importa porque yo también le quiero como amigo.

—Juanjo no es para ti, él está con otra persona, olvídate de él, no merece la pena sufrir por él.

Me suelta y vuelve a su asiento y yo quedo frustrada, rabiando furor contra la guarra de Miriam.

*

He recibido un encargo bastante insólito, como lo son todos a decir verdad. Me llamo Adela y resuelvo la insatisfacción de mis clientes. Es decir les procuro el desquite, la venganza, que requiere su tranquilidad de espíritu.

No discrimino entre ricos y pobres, me da lo mismo siempre y cuando acepten y abonen mi tarifa cosa que por supuesto descarta a los menesterosos. De todas maneras ellos solos se bastan y sobran para solventar sus cuitas y si no, a joderse y aguantarse.

He contactado con mis dos asistentes habituales, Pedro y Juan, son mis primos, de ascendencia gitana. Aunque su aspecto de bestias pardas defrauda toda expectativa. Gozan de formación universitaria, se expresan con ecuanimidad y sin acento alguno, tienen opinión propia, y sus manos constituyen peligrosas armas mortales llegado el caso, aunque no desdeñan, y casi lo prefieren, usar armas blancas.

De momento me puedo permitir sus honorarios, aunque ellos valen para el negocio carecen de mis contactos, y en esta vida los contactos es lo más valioso.

Un grupo de empresarios nos ha encargado vengarnos de un cuantioso perjuicio sufrido, pues no tienen, no existe, otra forma de resarcirse pues los culpables son insolventes, y a ello vamos. Quede claro que no somos cobradores, nosotros no recuperamos impagados, no, nosotros tan solo causamos daño, por encargo, similar o superior al penado por nuestros mandantes.

Sería más sencillo si los causantes del estropicio tuviesen medios, si fuesen competidores por ejemplo, en ese caso veríamos incrementados nuestros beneficios, no es el caso, a joderse.

—En el siguiente desvío, sí ese, a la derecha. Todo recto la casa al final del camino.

Solemos ir en mi coche y nos turnamos al volante, de ese modo podemos conducir grandes distancias de una vez. La rapidez en la movilidad es fundamental.

—¿A quién vamos a encontrar aquí? —me pregunta Pedro al volante.

—Anacleto Imberbe.

—¿Eso es un nombre o un insulto? —comenta Juan sin humor.

—Es para ver si seguías dormido, Anacleto Imbert, él nos conducirá hasta los otros.

Juan se despreza como el gran felino que aparenta ser y bosteza hastiado. Sé que ellos prefieren los viajes rápidos y cómodos en tren de alta velocidad o avión, pero en las estaciones y aeropuertos existen cámaras y la Policía no tiene otra cosa que hacer que revisar horas y horas de grabación hasta que te atrapan. Y en nuestro negocio la discreción es fundamental.

—¿Es aquí? —pregunta Pedro mientras tira del freno de mano.

—Sí, vamos allá —no puedo evitar los nervios en cada nueva acción. Tal y como se acumula la experiencia en el ánimo, lejos de menguar acrecienta la inquietud por el nuevo encuentro. Alguna vez lo he comentado con mis primos y me han tratado de...

—Buenos días, ¿está Anacleto? —la mujer que nos ha abierto la puerta nos mira con simpatía.

—¿Son de la Universidad?

—Sí, yo soy la tutora del chico y ellos son sus profesores de Física y Química.

—Ah, pues que raro porque el chico estudia Letras —y la mujer sostiene la puerta entreabierta con firmeza mientras yo le sostengo la sonrisa. De reojo veo la mano de Pedro hundirse en el bolsillo donde esconde la navaja. Juan es más comedido y aguarda tranquilo.

Un ruido atrae nuestra atención, Pedro se asoma, ve algo y me lo dice al oído:

—Se escapa, voy tras él.

—¿Qué le parece si esperamos a Anacleto dentro? —y empujó la puerta con la suficiente fuerza para intimidar a la mujer. Estoy segura que ella no tenía intención de cedernos el paso y no podemos permitir que avise a la Policía. Juan me sigue sin abrir la boca, su sola presencia impone.

—No les permito la entrada a mi casa, márchense. Mi nieto no ha hecho nada.

—Nadie dice lo contrario, señora. ¿Hay alguien más en casa?

—No. Si no se van ahora mismo, llamaré a la Policía.

—Nosotros somos la Policía —y automáticamente Juan muestra documentación real.

La mujer queda anonadada, no sabe que...

—¿Qué pasa señora Cándida? —los tres nos volvemos hacia la muchacha que ha preguntado.

—Vuelve a tu habitación, Judit, no pasa nada. Estos señores quieren hablar con Anacleto.

La muchacha que lleva el móvil en la mano desconfia, pero sonríe y se vuelve a su cuarto. En ese momento Pedro llama a la puerta y asoma, me hace una seña imperceptible y yo me vuelvo hacia Cándida.

—Si Anacleto no está, volveremos mañana para hablar con él.

—¿Quieren que le dé algún recado? —percibo alivio en su voz.

—No se apure, ya volveremos.

—¿Por qué me ha dicho antes que eran de la Universidad si él es Policía? —y señala a Juan—. ¿Se ha metido el chico en un lío?

—A veces son los líos los que nos buscan a nosotros, ¿verdad Cándida?

—Cierto, hija, muy cierto.

Salimos de la casa, subimos al coche y hacemos ver que marchamos, pero escondemos el vehículo en un bosquecillo cercano y seguimos a Pedro. Ha pillado al escapado y le tiene amordazado entre la maleza de un ribazo. Las manos a la espalda sujetas por unos grilletes y otros en los tobillos.

—Anacleto, hemos venido desde muy lejos para verte y tú vas y te largas —censuro con gestos.

Entre mis primos le yerguen sin el menor esfuerzo, imagino su pavor por sus ojos desorbitados. Le quito la mordaza para que pueda expresarse.

—¿Qué quieren, yo no he hecho nada? —farfulla aterrado.

—Necesitamos una pizca de información, ¿nos lo dirás de buen grado?

—No sé, no sé qué quieren de mí.

—Normal, todavía no te hemos preguntado nada. Veamos, el año pasado participaste con un grupo de amiguetes en el ataque a unas granjas, ¿lo recuerdas Anacleto?

—Iros a la mierda.

—Causasteis un considerable perjuicio económico a unas personas que en nada...

—¡Iros a la mierda!, ¡no al maltrato animal!

No se lo esperaba y la patada que le propino en los genitales le desmaya.

—Joder, que blandito —comenta Juan con tristeza.

—¿Por qué no volvemos a la casa? —pide Pedro. Seguro que está pensando en la chavala. Censuro su actitud con un gesto de cansancio.

A bofetadas hago volver al chico. Las olas de dolor ascendente desde su entrepierna le advierten de mi peligrosidad y se asusta. Intenta una nueva excusa pero mi dedo índice le contiene.

—No tenemos tiempo para perder contigo. Te advierto que mis amigos prefieren entretenerse con esa moza —señalo hacia la casa—, ¿cómo se llama? —pregunto a Pedro.

—Judit —responde con entonación de sátiro.

—Judit, la preciosa Judit. Lo que tú no nos quieras decir, nos lo dirá Judit.

—Ella no sabe nada —ya le tenemos a punto de sollozo.

—Ya bueno, tendrá que convencer de eso a mi amigo —de nuevo señalo a Pedro—, y te advierto que es muy difícil de contentar —y Pedro asiente severo.

—Judit no sabe nada, yo no sé nada.

—No te creo. Claro que también podemos preguntar a la abuela Cándida —eso parece que le intimida un poco más.

—Nos reunió la organización, un grupo llamado..., no recuerdo. No conozco a ninguno de los que participó en la acción. Algunos iban por libre.

—Los nombres —exijo y hago un gesto a mis primos para que le acerquen al tronco de un árbol al que pronto queda atado por el cuello. Si forcejea o se mueve se dañará el pescuezo.

Le muestro la pequeña navaja que suelo usar, la abro y para que vea lo afilada que está la paso sobre la camiseta que le viste. Luego introduzco mis dedos por el corte de la tela y eso que apenas la he rozado.

—Quiero los nombres de todos los que... —¡me escupe, me ha escupido!

—Vete a la mierda, maltratadora de animales.

—Bueno, si lo dices por ti... —de un tajo le corto la camiseta de arriba abajo. Mis primos tiran de la tela cada uno hacia un lado. Anacleto se asusta.

—¿Qué vas a hacer?

—Te voy a desollar. Eso voy a hacer —y le hago un corte horizontal en el pecho de hombro a hombro por debajo de las clavículas. Chilla de dolor. Yo hago un gesto a los míos para que controlen los alrededores.

—Venga Anacleto, si ha sido un corte superficial.

—¡Hablaré, hablaré, ay, ay, ay!

Hago otro corte vertical desde su hombro derecho hasta el ombligo. Chilla como un cerdo, los míos vuelven y me hacen señas de que todo tranquilo.

—¡Hablaré, he dicho que hablaré, para, para...!

—Ya es un poco tarde, ahora me apetece desollarte, porque eso voy a hacer —y hago otro corte paralelo al primero y a unos dos centímetros de distancia. Mis primos enjugan la sangre de los cortes con los jirones de la camiseta.

—¡No, no, hablaré, lo diré todo!

—Ya no quiero saberlo, ahora me quiero divertir. Luego acudiremos a Judit y ella nos lo dirá todo, verdad primos —Pedro asiente feliz—. Y si no la despellejaremos a tiras como a ti.

—¡No, no, no por favor!

Con la punta de la navaja estiro de la tira de piel entre los dos cortes y entonces chilla como un energúmeno al que estuviesen desollando. Y eso que solo he despegado unos pocos centímetros de piel, apenas tres o cuatro, aunque sigo tirando. Por supuesto comienza a soltar nombres

apodos, direcciones, el nombre del grupo animalista. Todo cuanto solicitamos y más.

Yo he seguido arrancando la tira de pellejo porque la información obtenida por medio del dolor suele ser engañosa, te dirán lo que sea con tal de que pares. Es menester saturar el cerebro hasta que el miedo sustituye al dolor y ocupa hasta la última neurona, entonces es cuando te adueñas del alma del individuo y la información comienza a ser fiable. De modo que mis primos amordazan al pringado y arranco dos tiras más de pellejo, paralelas a la primera, un trabajo excelente, y en cuanto las moscas acuden a la llamada de la sangre fresca y la carne viva, Anacleto habla.

Limpio mi navaja en su ropa, saco mi móvil, le hago algunas fotos y las envío a la parte contratante con un pie de foto adecuado: «el que hizo de guía, comido de moscas».

En cuanto las he enviado las borro.

*

Parece que me huela. En cuanto llego a casa se pone a ladrar, pobre bestia. Me asomo por la terraza y *Satán* me saluda con sus fuertes ladridos. Alguna vez le he echado un mendrugo y me reconoce. Se trata de un perro de raza grande, negro y escandaloso, al que su dueño, el encargado del edificio, mantiene atado día y noche en el patio de luces para joder a los vecinos. Somos inquilinos de renta antigua, la mayoría jubilados, y nos quiere expulsar a todo trance.

Me críe con mi abuela y el casero no pudo impedir que me cediera el contrato con una mínima subida del alquiler.

Me llamaron Selena por ella y siempre oí contar que era un poco bruja. Yo la quería.

Al principio Bustos tenía a *Satán* suelto por el patio, para que se cagara por todos lados, el perro ladraba de puro aburrimiento y también de hambre y sed. Si se nos caía una prenda de ropa, de los tendederos, podíamos darla por perdida, *Satán* se abalanzaba sobre ella y la destrozaba, cosa que acobardaba a mis vecinos por mucho que yo les dijera que el perro lo hacía por jugar. Cada vez que sentía movimiento en las alturas ladraba desaforado.

El verano pasado, una noche especialmente calurosa, imposible dormir con las ventanas cerradas para no oírle ladrar, me asomé a la terraza

y le llamé. *Satán* calló para atenderme, en voz queda le hablé, durante un rato le estuve contando mis penas, el trabajo anodino que tenía, mis anhelos con respecto a Juanjo, y le arrojé un mendrugo de pan. *Satán* se sentó a roer el pan y a disfrutar de mi conversación o al revés, tanto da, lo cierto es que calló y entonces sentí unos leves aplausos procedentes de las terrazas contiguas, mis vecinos me agradecían la iniciativa.

Compré un saco de pienso en el Refugio, bien de precio, y lo reparti entre los vecinos. Cada noche le tocaba a uno dar de comer a *Satán*. También le echábamos agua y el animal pronto comprendió que no éramos sus enemigos y por las noches nos permitía el descanso.

Bustos, el encargado, percibió nuestro ardid y ató al perro tan corto que ya no alcanzaba al pienso que le arrojábamos y menos al agua. *Satán* sólo comería y bebería cuando a él le diera la gana, que es muy de tarde en tarde.

El canalla lo tiene muerto de hambre y sed y el animal ladra que te ladra en cuanto siente la menor presencia. Nos pide comida y agua a voces, no tiene otra opción.

Una tarde los vecinos del 4º1º llamaron a mi puerta, son una pareja de ancianos adorables, y me dijeron que me habían comprado una planta.

—¿Una planta?, yo no tengo mano para las plantas —exclamé asombrada.

—Ya, bueno, se ha quedado en el rellano de la entrada, pesa demasiado para nosotros —dijo ella.

Y es que el cabronazo de Bustos lo primero que hizo fue dejarnos sin ascensor. Le hemos puesto varias denuncias en vano, lo conecta unos días cuando lo manda el juzgado y al poco vuelve a desconectarlo, y algunos vecinos están muy mayores para andar subiendo y bajando escaleras.

Bajé y hallé un macetón de geranios feo a matar pero macizo, a duras penas lo alcé y mientras escalón a escalón subí a mi piso tuve una idea diáfana del motivo del obsequio.

Dos días después sentí a Bustos en el patio, no, no traía de comer a *Satán*, ni vino a soltarle para que corriera un poco, no. Sólo venía a controlar que el animal nos incordiara. Justo cuando pasó bajo mi terraza dejé caer el tiesto, con tan buena fortuna que le abrí la cabeza. Allí

quedó desmayado y sangrando por la coronilla. Unos velados aplausos saludaron mi acción.

Bajé al patio, Bustos estaba herido de gravedad, llamé a urgencias, aunque mi primer impulso fue dejarle morir, y una ambulancia se lo llevó.

Satán me ladró con una furia que amedrentó a mis vecinos, la anciana del 3º2ª me advirtió con sollozos de pavor que no me acercara a él, los demás se unieron al ruego. Pero nunca me han asustado los perros y yo confiaba en *Satán*. Dicen que los animales no tienen memoria, yo siempre he dudado de eso. Igual que recuerdan a las personas que aman recuerdan a las que temen, porque a diferencia de los humanos ellos no odian.

Le solté, tenía el cuello dañado por el roce de la cadena, el animal correteó por todo el patio, mientras yo le llenaba el cacharro de agua, que bebió con avidez, y le puse un puñado de pienso, que engulló, pobre bestia tenía tanta hambre que se lo tragaba sin masticar. Luego le di un poco más y de nuevo desde las ventanas sentí los tenues aplausos de mis vecinos. Son buena gente.

Agarré una escoba y limpie el patio, un par de vecinas bajaron a ayudarme, allí había mierda de perro y basura de años. El patio hedía a cuadra sucia. Recogimos los excrementos y baldeamos el patio, *Satán* correteó entre nosotras y jugó con el chorro de la manguera. Le lavamos, curamos, y desparasitamos. Juanjo estuvo muy amable y se ofreció a denunciar al cabrón de Bustos.

Fue de las escasas veces que he tenido a Juanjo en mi casa, y aunque me insinué y le provoqué, no conseguí que se acostara conmigo. Él se lo perdió.

Fueron unos pocos, muy pocos, días felices para todos vecinos y perro. Al tercer o cuarto día, ahora no lo recuerdo, y tanto da, volvió Bustos y recommenzó el horror. Ató a *Satán* y le deslomó a palos, nos amenazó a todos y nos cortó el agua en represalia. De nuevo las denuncias, el juzgado, los asistentes sociales. Ese cabrón ya me está cansando.

*

Necesito descansar anímicamente. Volqué demasiados anhelos en el pasado fin de semana en los Sanfermines y me siento defraudada,

como siempre. Supuse, imaginé, que podríamos pasar juntos algunos momentos y nada pasó. Sé que mi relación con Juanjo no va a ninguna parte, porque sólo existe la mitad de la relación, la que pongo yo. Él está cegado con la guarra de Miriam y yo no cuento para nada. Para disimular hace ver que comparte habitación con Rubi, pero esa lagarta de Miriam siempre está al acecho.

Necesito llorar, pero la querencia por Juanjo me provoca demasiada ira. Necesito estar un momento conmigo, a solas, y llorar. Una vez más recurro al documental de Isabel Coixet: Aral, el mar perdido.

Las lágrimas son inevitables desde el inicio del documental con imágenes en sepia de los años cincuenta, los bañistas, las sombrillas, el niño que sale del agua con el gran pez pescado en su sedal; el que juega con un flotador; la música de Tim Robbins; el que tira de una barca neumática; las familias disfrutando del baño; las parejas en la playa. Los grandes barcos surcando las aguas de aspecto proceloso, las redes llenas de pescado, de vida,

La densidad de la palabra del narrador Ben Kingsley me pone la carne de gallina, los vellos como escarpías: *«Era una mancha azul cobalto en el mapa que estaba colgado de la pared de las clases de los viejos colegios. Una mancha que empezó a hacerse más pequeña. Más pequeña. Más pequeña. Hasta que un día fue la sombra de lo que fue. Me preguntaba qué había pasado con el Mar de Aral. Con la playa. Con los peces. Con las gaviotas. Los enamorados que habían paseando a su lado. Las puestas de sol. Los niños que habían aprendido a nadar desafiando las olas. El sonido de éstas chocando contra el malecón y claro está con los pescadores, las fábricas de conservas, las lonjas, los puertos, los barcos, la vida que nace del mar y se alimenta de él, el olor a salitre y a brea. Partimos en búsqueda de la orilla del Aral. O lo que queda de ella».*

Hacía falta algodón, mucho, había que abastecer a toda la Unión Soviética, aunque para ello hubiese que sacrificar al Aral, como si de un soldado en la batalla fuese.

El narrador prosigue: *«Hace cuarenta años se desviaron estos dos ríos, el Amu Daria y el Sir Daria que desembocaban en el Mar de Aral tras recorrer más de dos mil kilómetros, para regar inmensos campos de algodón. Pero las canalizaciones se hicieron a toda prisa y con materiales de mala calidad que hicieron que el 70% de sus caudales se perdieran. Durante décadas el mar no*

recibió prácticamente agua y empezó a evaporarse rápidamente. Su extensión es hoy menos de la mitad de hace treinta años y el nivel del agua se ha reducido en un 75%. Los fertilizantes químicos que se utilizaron para acelerar el crecimiento del algodón, han convertido esta zona en una de las más polucionadas del planeta. Los niveles de enfermedades, malformaciones, mortandad infantil y cáncer linfático son de los más altos del continente. Y, por supuesto, ya nadie quiere algodón».

—Satán, calla por favor —suplico con el corazón encogido y los ojos llorosos.

Siguen imágenes de Moynaq, antigua ciudad portuaria en la orilla del Aral, y el narrador habla de un simposio celebrado en 2007 para atraer inversores e ideas para paliar el problema. Desde la primitiva orilla, donde una vez hubo un mar, las imágenes muestran un yermo de arena hasta donde alcanza la vista, arbustos espinosos plantados para evitar que las tormentas levanten la arena tóxica, que nocivas tormentas de polvo arrastran hacia las poblaciones, cada vez más lejanas, afectando la salud de sus moradores. Dunas, barcos oxidados. Barcos y más barcos, de toda clase y tamaño reducidos a chatarra sobre la arena salada.

El anciano lugareño que explica junto a un barco pesquero que una vez se llamó *Gaviota*, hoy un cadáver oxidado, en el que él comenzó a trabajar con quince años, cuenta que en la escuela les enseñaban a navegar. Hoy no existen ni escuelas, ni niños, ni pueblos. El tipo afirma que a partir de 1975 ellos notaban que cada día te tenías que bañar un poco más lejos, que el mar retrocedía y los barcos quedaban varados en el fondo arenoso. Cuenta una leyenda que afirma que el Aral se ha secado tres veces y tres veces ha vuelto y ahora todos confían que vuelva.

La voz del narrador cuenta que: «El gobierno soviético utilizó las islas del mar de Aral para instalar unos laboratorios secretos para crear armas biológicas. Cuando el mar se secó las islas dejaron de ser un lugar seguro y las instalaciones fueron abandonadas sin precaución alguna y muchos virus se escaparon a la atmósfera».

«El clima se ha visto afectado de una manera drástica, las temperaturas se han extremado. Y este es un punto crucial que resulta perversamente controvertido: las autoridades actuales pretender atribuir al cambio climático global las desdichas de la zona».

El documental muestra las patéticas imágenes de El museo Fantasma: *¿Qué pensaron los habitantes de Moynaq cuando la orilla se fue alejando? ¿Qué piensan ahora al ver las polvorientas fotos del museo, las viejas redes, las acuarelas de barcas y puestas de Sol?* Imágenes de barcos pescando, de gente ganándose la vida con los peces. Barcas surcando un mar lleno de vida. Fotografías de factorías de pesca con cientos de obreras uniformadas, elaborando conservas. *¿Cómo es nacer al lado del mar y un buen día perderlo? El museo de Moynaq es el único testimonio gráfico que hoy queda de este lugar que fue hace tan sólo dos generaciones una ciudad costera.*

La cámara sale del museo y se dirige a la fábrica vacía: Aparece un anciano de rasgos orientales que afirma haber trabajado en esa fábrica desde 1948 hasta 1991. *Mandábamos nuestras conservas a muchos países de todo el mundo... Comparados con los de otros mares los peces de aquí eran muy grandes y sabrosos porque comían la hierba del lecho del mar eso es lo que los hacía tan sabrosos. En casa comíamos pescado tres veces al día. Por eso soy tan fuerte... incluso ahora... en un duelo a puñetazos ganaría a cualquier joven. En esta fábrica trabajaban más de seiscientos trabajadores que trataban miles de toneladas de pescado.* Imágenes de una fábrica asolada. *A mediados de los sesenta, de esta factoría salían conservas hacia todos los puntos de la Unión Soviética. Diez años después, cuando uno iba a la playa y al día siguiente se encontraba con que la orilla había retrocedido un metro y al siguiente, un par más y así hasta que la orilla no fue más que un suspiro en el horizonte, la fábrica tuvo que cerrar. Yo nunca fui pescador, pero todos mis vecinos lo eran. Y porque entonces había tantos pescadores, no había tanta demanda... cada día me pasaban un cubo lleno de pescado.*

El agua volverá. Afirma el ingenuo aldeano y las imágenes muestran unas barcas cubiertas por un cañaveral seco contra un muelle derruido. *Por eso no hay que cuestionar estos barcos.*

Los ladridos de Satán resuenan como un mal augurio. Debe estar hambriento.

Ahora la cámara del reportero viaja en un vehículo todoterreno cruzando el mar. Los reporteros se adentran en el mar de arena en un vehículo, bien podría tratarse de una ruta a través del Gobi o el Sahara. Se detienen hasta un mojón que indica el nivel del agua en el año 2008, ahora no se vislumbra ni siquiera en el lejano horizonte.

Prosigue la marcha por el paisaje desolado, ni arbustos crecen aquí, un yermo árido hasta donde alcanza la vista. Las personas visten trajes protectores contra la polución tóxica. *Cruzamos esta tierra dura con incredulidad. Nadie que no conociera la historia de la zona podría jurar que este valle seco y hostil fue un mar lleno de vida donde abundaban los lucios, las carpas, los esturiones, las algas. Que en este lecho de tierra durmieron, no hace tanto millones de toneladas de agua donde navegaban los barcos y pescaban las gaviotas. Trescientos kilómetros de viaje por un espejismo de olas y mareas. De cuando en cuando, nos encontramos con extrañas filas de arbustos secos: la única prueba de los intentos que se hacen para que la zona no acabe definitivamente en la completa desertización. Pero nos tememos que esto no es más que una gota de agua en el mar.*

Al fin el vehículo de los reporteros alcanza la orilla del mar. Topan con un ancla perdida en medio del páramo. *Delante de lo que queda de este mar, pienso en un poema de Wislawa Szymborska: Ciertos pescadores sacaron del fondo una botella. Había en la botella un papel y en el papel estas palabras: ¡Socorro, estoy aquí! El océano me arrojó a una isla desierta. Estoy en la orilla y espero ayuda. ¡Dense prisa, estoy aquí! No tiene fecha. Seguramente es demasiado tarde. La botella pudo haber flotado mucho tiempo, dijo el pescador primero. Y el lugar no está indicado. Ni siquiera se sabe en que océano, dijo el pescador segundo. Ni demasiado tarde ni demasiado lejos. La isla «Aquí» está en todas partes, dijo el pescador tercero. El ambiente se volvió incómodo cayó el silencio. Las verdades tienen ese problema.*

Aparece un lugareño exclamando «se acabó todo». Y afirma que en Kazajistán el mar está vivo. Está bien. *La gente vuelve a pescar en Kazajistán pero aquí ya no hay nada... se acabó...* Y se aleja caminando por una carretera desolada.

El documental concluye con imágenes de los años sesenta de bañistas felices en la playa, tomando baños de sol sobre la arena, la orilla apenas se distingue a lo lejos. *Los habitantes de Moynaq bromean diciendo que si toda la gente que viene a hacer documentales sobre el Mar de Aral trajera un cubo de agua, el problema se acabaría.*